



Hernán Vanoli

El amor por la literatura en tiempos de algoritmos. 11 hipótesis para discutir con escritores, editores, lectores, gestores y demás militantes

Buenos Aires

Siglo XXI

2019

152 páginas

Apuntes para discutir un programa político-cultural

En recuerdo de Agustín Vispo, Mariana Ben y de la Cebra Raúl

Esteban Prado¹

En *El amor por la literatura en tiempos de algoritmos*, Hernán Vanoli despliega una serie de hipótesis para abordar y repensar los modos en que entendemos las políticas culturales y sus actores. Se trata, sin dudas, de una discusión necesaria que en el siglo XXI argentino todavía no ha sido asumida en su complejidad, sin separar cultura, técnica, política y sociedad. Los diferentes gobiernos nacionales y provinciales la han encarado de forma dispar, con aciertos, torpezas y ninguneos. En términos locales, me refiero al Partido de General Pueyrredón, la política cultural ha sido más bien escasa, las discusiones se han dado casi siempre en el ámbito privado y

aunque se destacan actores particulares de la gestión pública, no han conseguido construir políticas culturales que excedan el acto o el voluntarismo.

Dejemos esto en suspenso para reconstruir los planteos de Hernán Vanoli, volveremos sobre la ciudad más tarde. En primer lugar, el aporte del libro se aprecia en la medida en que su autor corre riesgos, polemiza y quiere discutir, despliega valoraciones desprejuiciadas y se esfuerza para que la parálisis deje de ser uno de los rasgos definitorios de la lucidez crítica. Desde el inicio *nos* incluye y *se* incluye tanto en el carácter propositivo como en el pase de facturas. Luego de una breve introducción autobiográfica, en la que explica cuáles eran los deseos y las

¹ Doctor en Letras, docente de la Universidad Nacional de Mar del Plata, investigador del Centro

de Letras Hispanoamericanas (FH; UNMDP).
Contacto: eprado@mdp.edu.ar

ilusiones que supo articular en torno a la práctica de la lectura en su juventud, dice:

no pude dejar de notar que, pese a sus enormes potencialidades, la literatura nos hace, por regla general, más pobres en lo material, más conservadores en lo político y, tal vez por eso, en algunos casos, un poco más mezquinos en lo espiritual. Una relación intensa con la literatura nos aleja del deseo de transformar el mundo; debilita nuestro afán de comprenderlo, y casi siempre nos ubica en una posición contemplativa (2019: 10).

Así como supo notar estas cuestiones, más adelante Vanoli no deja de rescatar que tal vez "junto con la meditación y el deporte, la lectura de literatura sea una de las últimas actividades solitarias en que la atención no puede ser monetizada por los algoritmos ni por sus diversos testafierros" (16).

Con perspectiva autocrítica y con las advertencias de que las relaciones entre política, literatura y marcas de consumo masivo se han reconfigurado, Vanoli parte también de la afirmación de que la literatura rara vez se pudo oponer al mercado en lo que a construcción de sentidos sociales refiere y plantea, con buenos motivos, que las ideas de "industrias culturales" que sostienen los representantes de la tradición literaria están obsoletas o mal informadas. Como contrapartida, dice sostenerse en el deseo de que "la literatura, en lugar de conformarse como un tenue balbuceo en el interior del lenguaje, adquiera el potencial de posicionarse como una plataforma de discusión de valores y de formas de imaginar los desafíos de lo común" (12).

Ese deseo aparece como un gesto de resistencia en el marco de una esfera pública en el que los proyectos colectivos se configuran en torno a la acción de las corporaciones y, especialmente, de las marcas de consumo masivo y *su* literatura, las campañas publicitarias. Para tomar dimensión de este fenómeno basta pensar en la capacidad de organización y de presión política de uno de los colectivos con mayor visibilidad del último año -los *runners*-, cuya denominación ya da cuenta de una codificación "global" del colectivo y de un líder anónimo y diseminado entre los trabajadores del área de marketing de Nike y otras marcas de indumentaria deportiva.

Los planteos de Vanoli tienen muy en cuenta cómo lo mínimo, cada clic, está atado a lo más grande -Google, Amazon, Apple, Facebook-. Desde esta perspectiva se centra en la actividad de las y los escritores y en cómo se han reordenado las cosas en el escenario digital. En principio, revisa quiénes fijan las reglas de dicho escenario y quiénes se enriquecen a partir de la participación compulsiva en las plataformas de extracción de datos, conocidas con el eufemismo de "redes sociales". Esto lleva a que la discusión vaya pasando de los modos de construirse y diseñarse de los escritores, de los modos en que se tornan obras de arte en sí mismos y "nanoactivistas" del plebiscito permanente a cuál es el rol de las plataformas de extracción de datos y de las políticas culturales de los estados. La participación de estos últimos resulta clave en la medida en que es cada vez más necesario fijar un límite a dichas plataformas en la construcción de lo común.

En *El amor por la literatura en tiempos de algoritmos*, Vanoli se

posiciona puertas adentro del objeto que aborda y ya desde el subtítulo recorta una serie de agentes a los que busca interpelar. De manera que cada una de las hipótesis desplegadas en el libro, al tiempo que plantea lecturas y propuestas, delimita interlocutores. En conjunto, diríamos, le habla a la "ciudadela literaria". Con este término, Vanoli propone un espacio social que se recorta de la escena digital y del "campo" y es con esta tripartición que trata de pensar la producción literaria contemporánea en un país subordinado como Argentina:

Propongo entonces el concepto de "ciudadela literaria", entendida como un conjunto de escenas offline que se sumaría y superpondría con la fantasmagórica noción de "campo", y se engarza también con la proliferación de sociabilidades, escrituras y flujos de artistas que componen la polifacética vida digital de la cultura literaria.

La ciudadela literaria es un espacio geográfico casi medieval, con pajes, señores feudales, saltimbanquis del formalismo, mercaderes de la autopromoción y reyes que no gobiernan, con talleres informales y curiosos sistemas de linaje. Está compuesta por grupos de escritores dispersos, escenarios urbanos, rituales y sociabilidades cara a cara. Es la única fuente genuina de producción de dinero para la cultura literaria pero ocupa un lugar menor, casi artesanal, dentro de las omnipresentes industrias del entretenimiento (85).

Este espacio que recupera, en alguna instancia, algo de autonomía y vitalidad

parece ser mínimo y volátil pero no deja de ser el que dinamiza la cultura literaria en la medida en que corre riesgos, sea porque cuenta con recursos genuinos, sea porque se sabe destinado a fundirse.

Vanoli llega a la conclusión de que si la actividad en torno al arte y la literatura no logra salir de su ciudadela y si la única forma de intervenir en el mercado es a partir del sometimiento a los algoritmos, entonces, la capacidad de construir sentidos sociales que articulen lo común seguirá reservada a las plataformas de extracción de datos y a las marcas de consumo masivo. Es por esta razón que le da carácter de urgencia a la discusión política sobre la tecnología, porque sucede que las "masas" se han vuelto susceptibles de ser segmentarizadas y fragmentadas en flujos de audiencias para establecer modos de consumo de los que no escapan la cultura ni la política.

En la medida en que va encontrando los problemas, Vanoli construye las preguntas más potentes:

La pregunta que surge de esta situación no es si existen o no alternativas a las redes sociales y al autodiseño, sino si existirán otras estructuras posibles de organización de las plataformas tecnológicas, capaces de ofrecer otros bienes y vías de salvación a los artistas que les regalan sus datos y parte de su obra. Quizá la formulación de este tipo de utopías sea una de las cuestiones más urgentes que la cultura literaria empieza a plantearse en nuestro días (55).

Con esas preguntas delinea nuevos ejes para la discusión cultural y se sale de los

problemas tradicionales - autonomía/postautonomía, función de la literatura, bibliodiversidad, compromiso para reorganizar el debate en torno a los medios de producción y el rol de los proyectos culturales que abren brechas en un mercado totalmente digitalizado. Especialmente se enfoca en las editoriales de libros impresos que han construido un mercado propio, que no se perfilan como el *side business* de algún millonario y que no entran en el juego de la especulación financiera. Dado que es en éstas donde identifica el corazón del amor por la literatura -quiero decir, el músculo, la instancia material-, Vanoli revisa todo desde ahí, lo que implica rever los roles de los agentes dispersos, los que enumera en el subtítulo del libro, en vínculo con el Estado y las políticas culturales que este promueve.

Si la literatura de las marcas, es decir la publicidad, se parece cada vez más a un conjunto de investigaciones sensibles que abandonan el paradigma de la manipulación para organizarse como plataformas de cambio social, casi siempre en defensa de la naufragante clase media, ¿qué sucede con la literatura? ¿Insistirá en defender su autonomía resistente, su inutilidad victoriosa, su formalismo de élite? ¿Los militantes de la cultura literaria creen que esa postura de "religiosidad de huida del mundo" está vinculada de alguna manera con el anticonsumismo? ¿Puede la cultura literaria volver a plantearse interferir en el régimen de producción de verdad que acontece en lo público sin resignar

sinceridad, es decir, sin convertirse en propaganda anacrónica? Y si este fuera el caso, ¿cuál debería ser su relación con las plataformas de propaganda del cambio social -que son las marcas, los sindicatos, las comunidades- y con las plataformas de extracción rentística del valor social -que son las corporaciones de datos, los bancos, las burocracias-? (79)

El de Vanoli es un libro petulante, que *viene a*, con una postura de irrupción y de sacudida, poner la discusión de la teoría y la crítica literarias en presente, no en el sentido de las actualizaciones de un software o de las agencias de modernización, sino de reconexión con el entorno, de discusión puertas adentro, de construcción de propuestas comunes. También *viene a* decir que los debates sostenidos en torno a la "cultura" y las propuestas teóricas en torno a la "literatura" planteados antes de la existencia de internet no alcanzan para empezar una discusión en la que pensemos políticas culturales susceptibles de recuperar un carácter propositivo ajeno a la lógica de mercado, que no sirvan para alimentar las ilusiones del emprendedurismo ni para subsidiar proyectos editoriales de agentes con basto capital monetario. Todo esto interpela a nuestras casas de altos estudios en la medida en que los modos canónicos de entender las potencialidades, las determinaciones y las relaciones del arte y la literatura con lo social suelen detenerse allí donde comienza la condición técnica de nuestro presente.

Si bien la reseña ha concluido, no quisiera desperdiciar la oportunidad de retomar las discusiones planteadas por

Vanoli, de volver a la ciudad de Mar del Plata y poner el foco acá, tal como él lo hace sobre la ciudad de Buenos Aires.

Nos encontramos con un panorama desalentador. Sin destacarse, los roles en la Secretaría de Cultura los vienen ocupando abogados con trayectoria partidaria, profesionales de la educación, profesores de arte. En la actualidad el cargo lo ocupa un escritor cuyos principales logros vienen a contramano de lo que apunta Vanoli: ha publicado en editoriales que le prestan más atención a la bolsa que a su catálogo y su slogan se basa en un oxímoron provinciano, es un "marplatense internacional", como puede verse en la entrevista subida a Youtube, realizada por la Universidad FaMAF con el auspicio de Fundación OSDE, Toledo y el shopping Los Gallegos.

No es de ahora, las políticas culturales se sostienen en la ausencia, los encargados de gestarlas se dedican, en el mejor de los casos, a apagar incendios, a excusarse en la falta de fondos y apostar por el éxito del polo audiovisual, como si convencer a Quilmes de filmar una publicidad al año en la ciudad fuese un logro y no se justificara en la mano de obra barata que nos caracteriza. La ciudad está lejos de empezar las discusiones que plantea este libro. Lo primero que me surge es un espíritu fiordista. Quiero decir: somos un grupo de tullidos, como en *Acción Mutante*, con aspiraciones de "culturetas", ya podríamos dejar de hacernos daño entre nosotros, incrustarle el mástil al Sebas y salir en manifestación. Pero antes del escándalo y la indignación, pienso que en esta ciudad *hay* varias ciudadelas -teatrales, musicales, artísticas, audiovisuales, literarias- y corren con una ventaja: desde la costa provinciana no se preocupan por el Demogorgon -así llama

Vanoli a la monstruosa fantasía del "campo", y la escena digital no llega a ser meca. Podríamos decir que, como el amor y como el caballero inexistente, estas ciudadelas tienen más voluntad que materia, todavía esperan una política que las contemple y, sin embargo, existen y dan vida a la cultura artística de acá.

Por todo esto sería hora de que los secretarios de cultura dejen de pensar en la proyección internacional del marplatense -tomada en serio, causa gracia-; también sería hora de dejar de creer en la promesa de un público que bajará de los cruceros para llenar salas de teatro, no olvidemos que a sus ojos internacionales las carteleras dirían algo así como *What would the dwarf have?*

Valga esta reseña como convite para empezar la discusión.

Bibliografía

- Lamborghini, Osvaldo (2019). *El fiord*, Buenos Aires, Editores Argentinos.
- Vanoli, Hernán (2019). *El amor por la literatura en tiempos de algoritmos. 11 hipótesis para discutir con escritores, editores, lectores, gestores y demás militantes*, Buenos Aires, Siglo XXI.